

«Es mentira», de Jesús Campos García, en el Lavapiés

Fecha de estreno: 22 de diciembre de 1980.
Intérpretes: Maite Brik, Elisa Montés, Victoria Rodríguez, Lola Pons, Gloria Vergara, Nuria Clemente, Félix García y Onofre Fraile.
Espacio escénico y dirección: Jesús Campos García.

DESPUES de un tímido inicio de temporada con material de la anterior, y seguido de un paréntesis que suponemos necesario, el teatro Lavapiés vuelve a abrir sus puertas con aviso de propósito de enmienda y cambios sustanciales en sus planteamientos de programación. Una vez tamizadas concienzudamente las propuestas recibidas han optado por levantar de nuevo el telón con una obra de Jesús Campos García, galardonada con el premio Guipúzcoa en 1975, y titulada «Es mentira».

Jesús Campos obtuvo en el año 74 el premio Lope de Vega por «7.000 gallinas y un camello», que tuvo que postergar su estreno a causa del incendio del Español, precisamente en los ensayos de esta obra. Campos es también autor de «Nacimiento, pasión y muerte de... por ejemplo, tú» (teatro Alfíl, 1975) y «Blanca Nieves y los 7 enanitos gigantes» (Barceló, 1978). Está en posesión, asimismo, de los premios «Palencia» (1972), «Borne» (1973), «Teruel» (1972), «Lérida» (1974), «Arniches»

(1974) y «Eulalia Asenjo» (de la Academia de la Lengua), en 1977.

«Es mentira» es una obra de reflexión intimista, de un autor que, como muchos de sus coetáneos, siente la ne-



Jesús Campos García

cesidad de expresar mediante un revestimiento teatral su manera de captar la realidad y de revisar lo que, en aquello que les precede, pueda haber de verdad o de engaño. Una cierta reutilización del esperpento, del teatro negro, de la náusea, donde ni siquiera el aspecto crítico tiene sentido. Sólo la sensación de agonía. La única esperanza —y desesperanza a la vez— es que sea mentira.

Jesús Campos nos plantea la impotencia como único recurso al sometimiento. Su protagonista, Matilde, sufre el encierro y la condena perpetua por no se sabe

qué razón, por no se sabe qué extraña dialéctica de las realidades. Rumia su desazón como un calderoniano Segismundo que apurar cielos pretende. Sólo que en este caso los cielos descienden en la figura de Santa Teresa —la más laborista del plantel beatífico— para decirnos que incluso allí cuecen habas. Todo ello en el interior de una caverna húmeda y oscura por donde se deslizan tres enormes ratas-lacayo, servidores de la razón suprema.

A pesar de una correcta construcción del lenguaje teatral y una equilibrada y competente interpretación por parte de los actores —con mención especial para el difícil y esforzado papel de Maite Brik—, la obra de Campos peca de exceso de abstracción en contrapartida con la concreción y realismo del espacio escénico y los elementos visuales y sonoros. El espectador corre el riesgo de perder la situación del planteamiento, de preguntarse por la intención de todo lo que allí sucede. Queda, eso sí, el trasfondo oscuro de una visión expresionista de la realidad que tal vez no tenga respuesta. O que quizá, como el propio autor sugiere, es mentira.

J. C. AVILES